

## EL MONUMENTO AL GENERALISIMO MAXIMO GOMEZ.

### Por AGUSTIN R. GOMEZ

TRES grandes hombres de la República merecen el más alto aprecio de los cubanos y el más elevado concepto público para rendirles un homenaje merecido de la nación: Martí, Máximo Gómez y Carlos Manuel de Céspedes. Tal parece que esta trilogía gloriosa, llena de la historia de la independencia con sus hechos más interesantes. El verbo del apóstol llenó el ámbito de la nación de Oriente a Occidente, y la figura aguerrida de Máximo Gómez, símbolo del virtuosismo y de la disciplina férrea, supo llevar victoriosas las huestes guerreras en un esfuerzo supremo, desde Baraguá a Mantua, para arrancar a la tiranía colonial la libertad de un pueblo; y aquel otro estoico patriota que, como los espartanos, supo sacrificarse todo en aras de las libertades patrias.

No será nunca bastante ponderar sus méritos con la lira del poeta, ni el verbo elocuente bastará para ensalzar su historia; más que hombres de la independencia son símbolos de la patria. En la acepción genérica de la palabra son colosos inmarcesibles que se perpetúan en los siglos de igual manera que el tiempo se sucede sin interrupción cronológica en el arcano.

Las grandezas de sus méritos, no podrán simbolizarse, ni en el mármol, ni en el bronce que eterniza los símbolos que se gravan en él; ni en la historia que relata sus hechos, sino en el corazón de cada cubano que, que como herencia indestructible se trasmite de generación en generación; por eso treinta años de vida de la república no ha bastado para olvidarlos, ni mil serán suficientes para borrar de la mente el nombre de los mismos, porque, con monumento o sin, él sus nombres, serán siempre aprendidos de los primeros al balbucear las primeras palabras en la niñez y el último que se pronuncia al dejar la patria. Pero esto no basta para rendir tributo al mérito excelso; la patria, símbolo del espíritu de un pueblo necesita dejar prueba fehaciente de su reconocimiento profundo a los que supieron ser mártires virtuosos al rendir sus vidas en holocausto de la patria necesitada y oprimida. El monumento es la idealización del hecho mismo embellecido por la fantasía del artista, para hacerlo más real y patente a la perdurabilidad de los días venideros. Por eso, las naciones, comprendiendo el mérito de sus hijos ilustres y no pudiendo ofrecerles una prueba más cabal y terminante de agradecimiento eterno, los hace cincelar en mármol y vaciar en bronce para que sirva de una enseñanza objetiva y continuada en la vida de los pueblos.

Le ha tocado esta vez, el primero de los tres grandes monumentos que debe tener la república, al Genera-

lísimo Máximo Gómez, gloria excelso de la patria y ejemplar figura de las luchas libertarias de la nación

al cual debe Cuba, en su lucha de emancipación sus mejores laureles. Por iniciativa del gobierno del Gral. M. G. Menocal se acordó en 1916 levantar un monumento al Generalísimo de las fuerzas armadas en la guerra de la independencia, acordándose un crédito de 175,000 pesos para la ejecución de las obras y otro adicional para la instalación del mismo en la Habana. Se convocó, al concurso, a los artistas nacionales y extranjeros que dese-

sen participar en el mismo, designándose una comisión para atender todos los particulares del concurso el cual fué celebrado en esta ciudad en el año 1918, concurriendo artistas de distintos países de Europa, América Hispánica y E. U. A.; en total treinta y tres proyectos.

La exhibición de estos trabajos se efectuó en las salas del Hospital Freyre de Andrade, en mayo de ese mismo año.

Fueron adjudicados los premios por un tribunal designado al efecto, concediéndose el primero, al escultor Aldo Gamba, italiano; el segundo a Huerta Cabarrocas, español, el primero y cubano el último; el tercero, al señor Gutzon Borghum, escultor de New York.

La designación del primer premio ocasionó una vibrante protesta de la Asociación de Pintores y Escultores de la Habana, donde se consignaba de una manera elocuente las razones históricas y psicológicas de que adolecía el proyecto para simbolizar con justeza la figura epopéyica del Generalísimo, como libertador mambí de nuestra nacionalidad cubana.

La Asociación de Pintores y Escultores, con un criterio firme y razonado, se pronunció en contra del proyecto, no como un mero hecho ni inspirados en razones artísticas, que son siempre más o menos discutibles, no, sino tomando, como base fundamental, el simbolismo representativo de nuestra idiosincrasia de pueblo cubano, que se rebelaba contra la tiranía colonial, y donde debía plasmarse, en mármol, o bronce, — además de la figura excelsa del libertador la serie de episodios más representativos de nuestras luchas libertadoras, como símbolo patente y claro de la patria que supo sacrificar a sus hijos en aras de la libertad y la dentora; pero que, como condición indispensable y principal, se viese que, la escena, era única y exclusivamente cubana; que no fuesen los elementos componentes de la misma, de tal naturaleza, que sirviesen para glorificar los méritos de todos los generales por igual, sino, los de un militar cubano y una acción cubana. Es así como el espíritu de esta asociación, sintió su protesta, y por la cual su criterio es para mí, profundamente respetable, porque en el fondo de sus conceptuosos juicios no se siente la mordedura envenenada de la

envidia, sino el más elevado de los pensamientos y el más justificado de los egoísmos artísticos nacionales, el de tener una obra monumental, necesariamente representativa de esa figura guerrera, en donde estuviese plasmado fielmente lo más saliente de la historia revolucionaria, con ambiente cubano, y una obra que, por sus méritos extraordinarios, fuese verdaderamente digna de la gloria del Generalísimo Máximo Gómez.

En mi criterio, al dar estas notas, no entra el restar méritos a la obra del escultor Gamba, sino, en descubrir sus lunares. Ella me parece una obra digna de su esfuerzo, y que se hubiese logrado plenamente con la madurez de un estudio más detenido, donde los elementos arquitectónicos se fusionasen en una armonía progresiva con la masa escultórica, que diese una unidad equilibrada entre ambos valores. La idea es grandiosa en conjunto y de una bonita silueta en las líneas generales aparte de esos pequeños detalles que corregidos oportunamente, hubiese hecho de ella una obra digna de su tiempo.

No puede negarse el mérito artístico de algunas partes del monumento, que el amor de Gamba y la finura de su temperamento ha sabido laborar cariñosamente, dando forma e inspiración al plasmarlas en la obra.

No quiero pasar adelante, en estos apuntes, sin mencionar a los nobles artistas que merecieron el segundo premio del concurso, los señores Huerta Cabarrocas. Ellos presentaron un proyecto extraordinario, y, desde todo punto de vista, una verdadera obra de arte que honra sobremedida a las facultades artísticas de este binomio, donde se unió el temperamento exquisito del escultor Huerta, de reputación sobradamente conocida para hacer una presenta-

ción a nuestro público, y Cabarrocas, arquitecto de renombre entre nosotros y con prestigio en el extranjero por su participación en distintos certámenes. Concurrieron con dos proyectos, Nike y Maratón. Ambos excelentes. La opinión pública, como el mismo tribunal, se vio compelido a obrar con juicio sereno para discernir el premio con verdadera justicia; estaban ante una obra, que en verdad, merecía todos los honores del premio. Era un hecho evidente que, el tribunal tendría que valorar su decisión entre Gamba y Huertas Cabarrocas, únicos proyectos, indiscutiblemente, dignos de merecer la elección del propio tribunal. Con esta última, era necesario contar desde el primer momento, por su indiscutible valor, y que, como un exponente de elevado sentimiento artístico se ofrecía al discernimiento de las opiniones más autorizadas mereciendo de todos la unánime simpatía y admiración más decidida. No tuvieron la fortuna de Gamba, pero no por eso dejaba de ser menos meritorio el honor que la opinión general, de hecho, ya le había conferido.



Ese proyecto de Huerta Cabarrocas será siempre una obra ponderable por todos conceptos. El conjunto es de sobriedad y elegancia, hermanadas sus partes por el ritmo de volúmenes, donde la escultura y la arquitectura marchan paralelas, dando a la obra la imperativa atracción al recogimiento admirativo. De los dos proyectos "Nike" lo encuentro superior a Maratón, pero el caballo del primero lo suplantaría por el último, donde en mi concepto, se acerca más a la realidad de la fantasía que se crea alrededor de los héroes y, que la historia nos los trasmite a través de sus páginas, de forma tal, que siempre lo encontramos en nuevas mentes en pose airosa; jamás lo concebimos vencidos por la campaña, ni agotado el corcel por el bragar de la batalla. El prisma por el cual la muchedumbre juzga el acto heroico de su protagonista es siempre en el acto de sentir lo vencedor, y en Maratón, en mi concepto, está mejor enfocada y resuelta la actitud del caballo.

La instalación del monumento se ha hecho bajo la dirección de la Secretaría de Obras Públicas, cuyo Secretario, señor Echarte, ha prestado sus mejores atenciones para que, todo estuviese hecho de la mejor forma, de modo que fuese posible la inauguración en la fecha indicada. El señor Enrique Luis Varela, jefe del Negociado de Construcciones Civiles, ha estado pendiente, en todo momento, para que no faltase allí lo que fué necesario en cuando correspondía a esa dependencia. A ese objeto se designó al competente arquitecto señor Honorato Coleté, para la inspección y dirección de los trabajos, quien ha hecho una labor acertada de su cometido. El señor Pennino, contratista de la instalación, ha hecho un acabado de obra de primera calidad. Todos merecen por su labor una felicitación plena y sin reservas.

Volvamos al monumento de Gamba, y hagamos una descripción sucinta de su simbolismo y un análisis ligero de los valores estéticos del mismo. En la creación de este monumento se ve más al escultor que al arquitecto, el sentimiento general de la idea, es cuasi en su totalidad escultórica. Es una concepción plástica que se desenvuelve alrededor de un pedestal que se eleva en forma piramidal, cuya cúspide está coronada por una figura ecuestre.

**LOS CABALLOS DEL SOL:** No ha sido tan feliz en este grupo, como los que vamos a describir luego. No llegó a cuajarse su pensamiento íntegramente tal como él hubiese querido resolver ese problema, indiscutiblemente difícil. La idea choca inmediatamente con el grave inconveniente del estudio exacto del movimiento acelerado de varios caballos en marcha precipitada. La menor inobservancia de la verdad justa de ese atrevido grupo será suficiente para malograr la obra. He ahí la gravedad del problema, cuyos movimientos de no ser ciertamente ajustados a la verdad, se cae de plano en lo falso y en las actitudes atropelladas. El

movimiento de los caballos es aquí más propio del bruto que se retuerse entre la vida y la muerte, que la del noble animal que cabalga sobre las pristinas aguas que se precipitan en el torrente y que sepultan los genios maléficos de la sociedad. El recogimiento del cuello de los caballos sólo puede concebirse por la espantosa crueldad de una herida abierta en la entraña misma del animal; y en su carrera veloz, va impresa la desesperación dantesca del condenado a muerte. Las patas de los mismos las recojen en una actitud inadmisibles. Desde el punto de vista orgánico y anatómico, jamás podrá llegarse a esas posiciones, a no ser, por una deformación monstruosa de la naturaleza en esas extremidades.

La mujer que cabalga sobre la grupa del caballo en el lado izquierdo, saliendo, lleva en sus brazos al fruto de su alma, niño aún, ambos con expresión tranquila y serena; no parecen temer a nada; nada perturba su impassibilidad, ni hay un gesto que denote el menor propósito de sujetarse en esa precipitada carrera, suficiente para preocupar a un hábil y experto jinete. Es imposible tanta imperturbabilidad en una parte, y tanto desenfreno en el caballo, sin que, el primero pueda participar de ese brioso movimiento acelerado.

Pasemos ahora al frizo en bajo relieve tallado en la masa del basamento. Es la representación de los sacrificios patrios, donde el hombre brinda el fruto de su trabajo y las mujeres dan a sus hijos para la redención de las luchas libertarias. Está concebido con demasiada parcialidad de vitalidad, falta, a esas figuras, expresión dinámica del acto que se pretende realizar. El del lado derecho está más animado, y hay más vida en la acción, se rompe con más franqueza el sentido de la igualdad colectiva de las personas que marchan en hilera procesional; ha bastado que, el escultor haya colocado la figura simbólica del buey, eficaz auxiliar del hombre en las labores agrícolas, y disponer además, dos o tres figuras en ligero escorzo, para cambiar el ritmo demasiado uniforme en una parte y avivar la escena en la otra. Véase el bajo relieve del lado izquierdo: las figuras, mujeres en su mayoría, marchan todas en un movimiento lento, con paso uniforme, todas a un tiempo mueven sus piernas de idéntica manera, y los levantan ligeramente en ritmo de igualitarismo musical. Hay demasiada exactitud e igualdad de movimientos que quitan expresión al grupo general de la composición. Las figuras son también de igual tamaño; a no ser el infante, una víctima que, ya realizada en aras de la patria,

y que cae en los brazos de sus seres queridos, ninguna otra rompe esa monotonía llena de una frialdad glacial. El relieve general de este frizo, no es de suficiente potencialidad para mirarlo en una plaza pública como las nuestras donde el Sol, resplandeciente, destruye los contrastes de luz y sombra en los relieves, donde los volúmenes, no estén equilibrados debidamente. En mi opinión, ese frizo estará mejor para verse dentro de una sala, a donde no penetra la luz directa del sol, que en la plaza iluminada violentamente. La delicadeza con que está tratado, en ese lugar, a diez metros de distancia, apenas se puede ver más que de una manera confusa.

Viene luego el Grupo de la Aurora Nacional: La escultura toma aquí papel importante; está tratada con amplia factura; en los volúmenes, no hay confusión, a pesar de la masa compleja donde se multiplican las figuras de todos los tipos, hombres, mujeres y niños de todas las clases sociales, en una sola conjunción patriótica, apareciendo en un desarrollo de movimiento, ascendente, de apotheosis, cuya marcha no se atropella no obstante el dinamismo que la anima en una contenida marcha de entusiasmo, caldeada por la lucha, pero no por la pasión. En este grupo escultórico se muestra Gamba a la altura de su talento. Es ese su ambiente, y su cinzel, no tiene el temor, ni la vacilación de la duda, acomete resueltamente el block marmóreo y lo hace saltar a golpes precisos para arrancarle lo medular y expresivo de su pensamiento, en sacudidas magníficas de inspiración que lo revelan como maestro cierto de su técnica.

Es esta obra, de alto relieve, digna de alabanzas, amplia de ejecución y de conceptos, gallardamente dispuesta la colocación de las figuras y ágilmente resuelto el sentido de movimiento ascendente, todo tratado con técnica moderna, pero por artista seguro del dominio de la escuela clásica, que no se amolda decididamente a los avances del modernismo insulso. Se queda en ese término en que, los rasgos académicos es aún lo predominante en su fondo. El relieve es expresivo y firme, el bulto, de absoluto volumen, suficiente para determinar el objeto que se propone para hacer del mármol una masa humana con hábitos de vida y realismo impresionante, tratado con acierto y con rara facultad de compositor de género.

Inmediatamente después de este grupo, y sobre el mismo, va el "Ara de la Patria", templo de estilo Dórico, formado por un peristilo de columnas que rodea su forma rectangular las columnas unidas en un haz de fustes, extraordinariamente agrupados, produciendo, al primer golpe de vista, una sensación de fortaleza, capaz de soportar por sí solas toda la gravitación del grupo que sostiene, y que tiene allí su apoyo. La idea de sostener una figura ecuestre sobre un templo me parece original y de una belleza de efectos sorprendentes; da una impresión de grandiosidad un poco escénica. Me parece que hubiese ganado más esplendor si da al mismo unas proporciones más cercanas al tipo clásico dorisante. Las formas rudimentarias lo acercan demasiado a la expresión de las fuerzas en su estado primitivo, cuando el dorismo, no se había desarrollado en su propio sentido, cuando aún, no había evolucionado hacia la concepción monumental, y la incertidumbre de las proporciones no habían alcanzado la conciencia de la belleza unida al sentido utilitarista, el fin consciente de la Arquitectura. Gamba ha tratado el entablamento remontándose a la época pre-dórica, cuyos modelos, en la Acrópolis de Selinunte, los más antiguos, toman como norma, para la altura del entablamento, la mitad de la altura de la columna o más resultando una proporción primitivista. Con vengo que al escultor le está permitido ciertas libertades de formas, como al poeta; el arquitecto, en cambio, está más obligado a ceñirse a las doctrinas

TO  
AL



nas de sus cánones, dentro de un límite de equilibrios de masas, en que, el ritmo, es la medida justa de los valores estéticos, con el cual él puede jugar libremente.

**FIGURA ECUESTRE.**—Se remata la composición, con esa figura del Generalísimo a caballo. Yo tengo a la vista la fotografía de la maquette, que se presentó al concurso, y aún más, pude verla en la exposición de los proyectos, y guardo exacta memoria de la excelente impresión que en aquella fecha me produjo. Encontré en ella una unidad equilibrada en la composición general que no debió perderse de vista al traducirlas a la obra final. El caballo, expresaba una agilidad de movimientos, que no aparece en la obra ya concluida. Los que pudieron ver la maquette, habrán observado ese detalle, que también puede apreciarse en la fotografía de la misma, donde se plasma, al rosamente, el brío de vital aliento que lo anima, donde su musculatura parece agitarse al paso de la sangre vigorosa que pasa por sus venas, y sacude su organismo para estar listo a imprimir sus fuerzas, al nuevo galopar de las tropas en marcha hacia la batalla, y detenido tan sólo por un ligero movimiento que, el jinete, imprime a las riendas para sofrenar el brioso corcel. Las patas mismas, aparecen en ese modelo, más justas a la medida de su tamaño, más ágiles, más de acuerdo con el corcel que debe utilizar un general en la campaña bélica, no de compleción sobradamente fuerte, más que para resistir un largo tiraje, debe ser apto para disputarse la meta. El tórax del mismo en la obra final en bronce, al unirse con las patas delanteras, producen una impresión de avance excesivo que colocan al caballo casi fuera del equilibrio normal.

La figura del Generalísimo, montado en su caballo de guerra, lo encuentro bien, en esa postura que lo coloca el escultor; se acerca mucho en mi concepto a la pose acostumbrada del aguerrido militar, hay naturalidad y ademán resuelto en esa manera de torcer ligeramente el cuello, algo muy peculiar de las maneras propias del Máximo Gómez que Gamba ha sabido captar de un modo acertado. El cuerpo, casi afirmándose en los estribos, en el momento de contener el caballo: ese momento justo en que el jinete retiene las riendas y el corcel detiene su marcha, está plasmado con toda la propiedad y elocuencia que puede hacerse en la plástica del bronce, y una interpretación lograda de ese acto.

Las piernas del General, con sus polainas, lucen demasiado voluminosas, no son las piernas del General y no deben serlo; la compleción de sus piernas no eran esas, aparentan una opulencia de linfatismo que él no tenía, esas partes del jinete observadas desde un punto de vista razonable

producen un mal efecto que choca con los demás detalles personales del General, que el escultor, ha sabido resolver perfectamente.

El monumento en su idea general es indudablemente bella. La concepción de la masa tendiente a la monumentalidad, está bien imaginada. El escultor, en su propósito de apasionar la mente y llevar la vista del espectador a los puntos culminantes de su creación está bien lograda. Comienza por dar a la escalinata del basamento, una sencillez de composición que no distrae la atención para llevarla inmediatamente al friso donde se desenvuelven las figuras simbólicas de los sacrificios patrios en aras de la revolución. Y nos lleva luego, de súbito, a la parte sobresaliente del monumento, La "Aurora Nacional" que se proyecta en tropel de apoteosis, con figuras e alto relieve plenas de vida y acelerado movimiento de marcha triunfal que sigue al genio alado en vuelo hacia la cumbre del ideal patrio, a manera de un canto épico traducido, en notas vibrantes de tonalidades fuertes, y trazadas en el mármol con valentía y vigor de titanes. Marcha ahí la muchedumbre a impulsos de la pujante y joven nacionalidad, guiada por la Victoria con el olivo en la siniestra y la antorcha en la diestra. A todas estas bellas ideas, magníficamente concebidas por el escultor con bastante acierto, ha faltado también, un poco más de elevación al Monumento, para que éste hubiese lucido de acuerdo con sus masas generales, y a tono con el espacio, y magnitud de la plaza.

*El País  
Ene 19/36*

